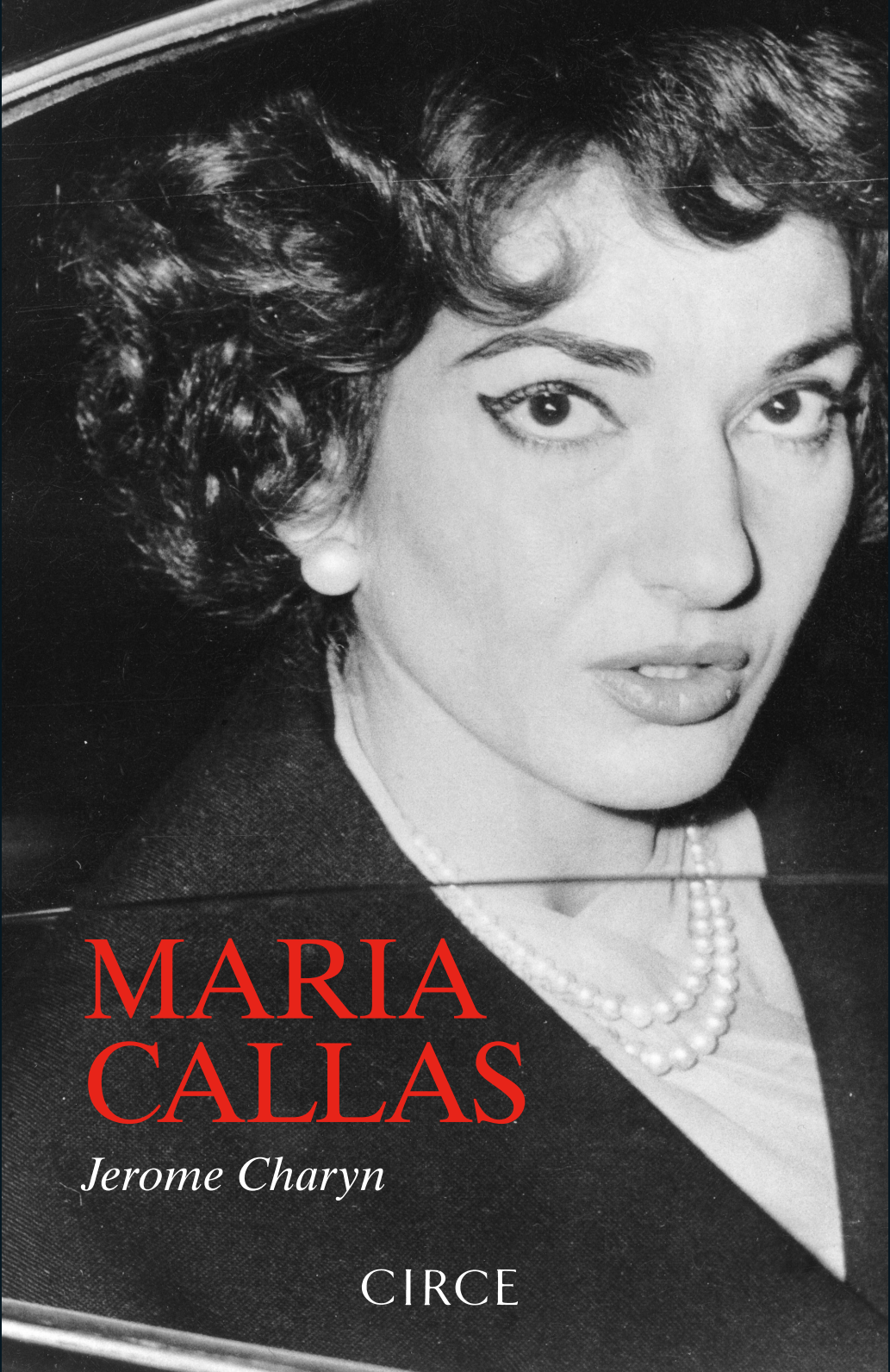


A black and white close-up portrait of Maria Callas. She has dark, curly hair and is looking slightly to the right with a subtle smile. She is wearing a dark jacket over a light-colored blouse and a multi-strand pearl necklace. A single pearl earring is visible on her left ear.

MARIA CALLAS

Jerome Charyn

CIRCE

3

Le había puesto *Christina* al yate por su hija, una niña inexpresiva y taciturna, de nueve años cumplidos. También había un contramito, como siempre con Onassis: una de las presencias habituales en su yate era Greta Garbo, y a veces Aristóteles, queriendo halagar a la arisca y retirada estrella, afirmaba haber bautizado el yate en honor de su mejor película, *La reina Cristina de Suecia*, donde Garbo se pasea vestida de hombre. Imposible saber cuál de las dos historias era cierta.

El *Christina* dominaba el puerto de Montecarlo. Era el barco más majestuoso de Mónaco. Desde lo alto de un acantilado, Montecarlo, con sus palacios de piedra clara reluciendo al sol, parecía una rosada porción de paraíso en medio de la Costa Azul.

Maria se alegró de no vivir en esa parte de Mónaco. Habría sido como ser prisionera de un palacio hecho de postales. Titta estaba taciturno. Tenía a su madre enferma, y habría querido volver y visitarla en Zevio.

—Battista —dijo la diva—, acabamos de llegar. No podemos desaparecer. Ni siquiera nos hemos presentado.

Subieron por la pasarela. Al final de esta última los esperaban Tina Onassis, con una vaporosa bata de seda, y Aristóteles, de campesino, como le encantaba vestirse. Sus ojos, llenos de reserva, se fijaron en Maria como un par de imanes. Ella se apartó. No estaba dispuesta a convertirse en su trofeo, ni en tierra ni en el

puerto de Montecarlo. Junto a ellos estaba sir Winston, sobre una tumbona enorme. Maria nunca había visto una barriga tan grande, una especie de saco descomunal que impedía ver gran parte de su cabeza. Al lado de sir Winston había una silla de ruedas mayor de lo normal. A bordo del *Christina*, sus dos musculosos guardaespaldas, Marley y Watts, se pasaban el día trasladándolo de silla en silla. Marley era un sargento de Scotland Yard en misión especial junto al ex primer ministro. Llevaba una pistola bajo el cinturón. A Battista lo miró una sola vez, con gran desprecio; a Maria le iba sonriendo, convencido de que se la beneficiaría antes del final del viaje. Su impertinencia irritaba a Maria, que de no haber estado a bordo sir Winston, con su esposa, lady Clementine, le habría dado una bofetada, o lo habría tirado por la borda.

Sir Winston nunca iba a ningún sitio sin su periquito, *Toby*, regalo de la hermana de su secretario privado. En su jaula de plata, el pájaro le hacía compañía a todas horas. Tenía un plumaje verde oscuro, y silbaba, pero no sabía cantar. Aun así impresionó a Maria por su capacidad de recitar toda una frase.

—Me llamo *Toby* y soy del almirante.

—No presumas tanto —murmuró sir Winston—, que tenemos una nueva invitada.

Estaba claro que nunca había oído nombrar a la Calas. Las intrigas de la ópera le habrían aburrido. Prefería las melodías del *music-hall*.

—Madame Meneghini —dijo—, no para usted de mirar al pobre *Toby*. ¿Tanto le gusta mi pájaro?

Maria se estremeció. Por alguna razón, el pretencioso periquito le recordaba a *Stephanakos*, su canario perdido, y lo mucho que echaba de menos cantar duetos con el portento que encerraban sus plumas amarillas: un soprano masculino.

—Perdóneme, sir Winston, no ha sido a posta. Lo que sí tengo que hacer es besarle la mano.

Así lo hizo, sintiéndola áspera en sus labios.

—Qué descaro —dijo el guardaespaldas de sir Winston, el de Scotland Yard.

–Cállese –dijo sir Winston con los ojos entornados– y deje que se explique la cantante de ópera. Seguro que lo ha hecho por un buen motivo, sargento Marley.

–Es que estaba en Atenas cuando llegó usted con su coche blindado –dijo Maria–, durante la guerra civil. Encendió a la población.

El viejo con calva de bebé se puso alerta de repente.

–Me acuerdo de esa tarde. ¡Vaya si me acuerdo! No podía permitir que Grecia cayera en manos de los rojos. Habría supuesto la caída de toda Europa.

A sir Winston se le empezó a caer la cabeza. Sus guardaespaldas lo trasladaron a la enorme silla de ruedas, con la que llegaron lo más lejos que pudieron antes de cogerlo en brazos y dejarlo en la suntuosa suite de Aristóteles, en la cubierta del puente.

Aristóteles siempre sacrificaba su propia comodidad por la de sir Winston, cuyos tiempos marcaban los de todo el barco: se levantaba temprano, a las nueve, y se tomaba un zumo de naranja, seguido a los veinte minutos por una tostada con *porridge*, y en otros veinte por un puro y un culín de brandy. Tras leer en la cama –Heródoto, o Marco Aurelio–, y escribir una o dos cartas, a las doce menos cuarto se dejaba vestir por su ayuda de cámara, y luego llevar por sus dos guardaespaldas a la mesa del almuerzo, que presidía bajo un dosel verde que cubría la cubierta de popa.

Si Aristóteles había moldeado su propia historia, sir Winston había hecho lo propio con la historia a secas. Y eso Aristóteles no lo olvidaba nunca...

A sir Winston le encantaba la crema de bogavante.

Repetía varias veces, y acababa con un dulce especialmente preparado para él por el chef, una tarta de chocolate con relleno de almendra. En cada comida ensuciaba dos servilletas. Atacaba las patas de pollo como un tornado rodeado de viento. Lo de su plato no podía tocarlo nadie, solo la cantante de ópera: sir Winston se había vuelto posesivo para con Maria, pese a seguir ignorando quién era. La había adoptado como al periquito.

En mitad de la comida, a veces un recuerdo, un mazazo en la memoria, le arrancaba lágrimas.

–Tantos chicos perdidos...

Los demás invitados de Aristóteles se lo quedaban mirando, desconcertados por el temblor de sus hombros y las ondulaciones de su voz.

Lady Clementine se veía obligada a dar explicaciones.

–Aún tiene pesadillas con Gallipoli. –Le secó el llanto a su marido con su servilleta–. Cariño, no hay que volver a lo que ya no tiene remedio.

–Tantos chicos perdidos... –repetía él.

Maria no sabía nada de Gallipoli, y menos de la Primera Guerra Mundial.

–Fui tonto –dijo Churchill.

En esa época, siendo primer lord del Almirantazgo, su mayor deseo había sido arrebatar Constantinopla a los turcos y resucitar los pasados esplendores de Bizancio.

Ya no había lágrimas. Rememorando antiguas maniobras, a sir Winston le brillaban en los ojos los suntuosos fulgores del Mediterráneo.

–Constantinopla... No podíamos tomar Constantinopla sin tener Gallipoli en nuestro poder. Primero ablandé la península con un bombardeo naval, y luego pedí un desembarco anfibio, como un príncipe omnisciente de las artes bélicas. –Fijó en Toby la mirada de un solo ojo–. De príncipe tenía poco. El turco, sentado al otro lado de sus fortificaciones, se rio. Perdimos a cuarenta y cinco mil muchachos en un abrir y cerrar de ojos.

–Pero la batalla se alargó diez meses –dijo Aristóteles, a quien le gustaba ejercer de paliativo en los autoempalamientos que sobrevenían al gran hombre como ataques de gota–. Sir Winston, a usted le fallaron sus propios almirantes, que se retrasaron en sus bombardeos, dando tiempo a los turcos para reagruparse. No se le puede culpar de la masacre. Podría haberse apoderado de Constantinopla.

Churchill lo miró hostilmente con el otro ojo.

–Constantinopla –dijo con desprecio, y de pronto, como una prima donna, se puso a recitar un poema que a Maria le sonó a canción:

Un viejo solo es algo despreciable,
un andrajoso abrigo sobre un palo,
a menos que cante el alma y dé palmas...
Por eso he cruzado los mares y he venido
a la ciudad sagrada de Bizancio.

El periquito, agitado, empezó a balancearse dentro de su jaula.

–Me llamo *Toby*, y soy del almirante.

Sir Winston le tiró un ala de pollo.

–Vete a la porra, *Tobe*.

Lady Clementine hizo señas a los dos guardaespaldas, que apartaron a sir Winston de la mesa para llevárselo a su habitación. Sin él, la comida parecía menguada, entristecida. El silencio era absoluto. Todos estaban atentos a la fricción de la silla de ruedas con la cubierta, sin que nadie, ni el propio Aristóteles, fuera capaz de reanudar la conversación.

Se produjo una crisis. Esa tarde, el viejo guerrero no pudo descansar en la cubierta principal, ni echar su siesta cotidiana, seguida indefectiblemente, algo más tarde, por una furiosa partida de póker en la que disfrutaba haciendo trampas contra Aristóteles y sus propios guardaespaldas a cambio de unas pocas monedas de cobre. Sir Winston tenía incontinencia. Onassis pagaba a Marley y Watts para que a bordo del *Christina* no le hicieran solo de guardaespaldas, sino también de enfermeros. Tenían que desvestir al anciano y meterlo en una bañera de mosaico, con los grifos de oro en forma de delfines. Para los viajes con sir Winston, Onassis había contratado a una doncella dedicada especialmente a lavar y planchar su ropa de vestir y de cama dos veces al día.

Estos baños, y las maniobras aledañas, solían dejar a Churchill agotado, pero hacia las cinco o las seis sus guardaespaldas le ponían, ya rehecho, esmoquin y corbata negra y lo llevaban a la cubierta principal para la hora del cóctel. Él se tomaba un brandy, y se fumaba un puro con Aristóteles.

–No me gustan los poetas –murmuró una de esas ve-

ces el naviero—. Son una plaga. De mi bolsillo comen la mitad de los poetas griegos. Prefiero a los filósofos.

La mirada de los ojos azul claro de Churchill se volvió febril.

—No sabría nombrar a un solo filósofo que me haya hecho llorar de emoción.

Su elocuencia, sus mofletes y su reluciente calva intimidaban a Maria, que aun así intervino.

—Sir Winston, ¿la ópera no es también poesía? Le aseguro que sí. He cantado arias que a usted le habrían hecho llorar.

—Madame Meneghini —dijo él con venenosidad de víbora—, pese a lo mucho que admiro su presencia, de ese arte, por desgracia, soy desconocedor.

Guardó silencio a lo largo de la cena en el salón principal, mientras Christina y Alexander, el heredero de Aristóteles, un niño de once años con los ojos azules, cenaban en el comedor de la tripulación, cantando sin parar.

Después de la cena, Aristóteles y sus invitados se retiraron a la sala de proyección. La película en cartel era *Lady Hamilton*, la preferida de Churchill, interpretada por Laurence Olivier en el papel del almirante Nelson, con su mítico parche en el ojo y una funda doblada para parecer manco, y Vivian Leigh en el de lady Hamilton. Olivier y Leigh ya estaban casados, pero antes de su boda Maria había disfrutado mucho leyendo sobre sus amores ilícitos en su sección de cotilleos favorita. Si bien la aburrieron las escenas bélicas, quedó encantada con lady Hamilton, una antigua cortesana que mantenía relaciones adúlteras con el almirante Nelson, infeliz en su matrimonio.

Sir Winston lloró mirando la batalla de Trafalgar, y también durante la agonía de lord Nelson en su buque insignia, víctima de un francotirador que le disparaba en el coxis desde las jarcias de la flota francesa. Había visto más de cien veces la película, pero seguía llorando en cada nuevo pase. También lloró Maria, sin saber nada de buques insignia ni de balas de cañón; en lady Hamilton veía a otra excortesana, como lo era Violetta.

Era como asistir a *La Traviata* con distintos decorados y otra ambientación, o como verse a sí misma en un posible futuro: lady Hamilton acababa pobre y rota por las callejuelas de París, despojada de todos sus títulos y su elegante indumentaria.

Al final de la película, sir Winston se quedó callado, sin moverse. Nadie se atrevía a sacarlo de su ensimismamiento. Finalmente se puso a aplaudir, entrechocando con furor y sin descanso las palmas de sus manos.

En respuesta a una señal de lady Clementine, un simple parpadeo, los dos guardaespaldas se llevaron a sir Winston a sus aposentos. Titta, que ya estaba mareado, se había retirado al lujoso camarote que les había asignado Tina Onassis a Maria y él, y que había tenido el honor de albergar a Greta Garbo en varios de los crueros estivales de Aristóteles.

De pronto Maria estaba sola. La sala de proyección se encontraba en las entrañas del *Christina*. Subió tres pisos por los peldaños de bronce de una escalera de caracol, y al poco tiempo se encontró en la cubierta superior de popa.

Apoyado en la baranda, Aristóteles fumaba un puro, demasiado abstraído para darse cuenta de los pasos de gato con que se acercaba ella. Estaba viendo desaparecer las últimas y titilantes luces de Montecarlo.

—Le debe de tener mucho cariño —dijo Maria en voz muy baja, como si hablara con una sombra.

Él se giró a mirarla.

—Sí. Después de Gallipoli se burlaron de él y le quitaron su cartera de ministro: no le dejaban ni acercarse a la flota de su país, a él, un hombre de mar, como lord Nelson. Se dedicó a pintar, a escribir... No tenía futuro político, hasta que llegó Hitler. Ahora no se aguanta ni de pie, es verdad, y se queda dormido en mitad de las comidas. Un viejo que se caga encima. Cuando empezó la guerra ya tenía bastante más de sesenta años, pero qué agilidad...

Pese a lo holgado de sus pantalones, y al tamaño de su nariz, Aristóteles estaba radiante.

—Buenas noches —dijo, tocando la mano de Maria.

Como había predicho sir Winston, iban rumbo a Bizancio, una Bizancio que ya no existía. En su descenso por la bota de Italia se adentraron en el archipiélago toscano, atracando en puertos muy pequeños. Esa noche Maria volvió a la cubierta de popa, bajo el toldo verde, pero no vio ni rastro de Aristóteles, ni del exultante hedor de su enorme cigarro puro. Quien apareció, salido de las sombras, fue Marley, el sargento de Scotland Yard, taciturno y un poco exaltado.

—¿Te importa que te haga compañía, corazón?

Como no estaba hablando con sir Winston, Maria no tenía la necesidad de usar un inglés refinado.

—De corazón nada, gilipollas —dijo con la aspereza de una chica de Washington Heights.

—Ya veremos —contestó Marley.

Se lanzó sobre Maria para magrearla. La fuerza del sargento, capaz de llevar a Winston en su espalda, superaba con mucho la de ella. La agarró y le metió la lengua en la boca. Parecía un lagarto cubierto de cieno.

Maria se la mordió.

Marley soltó un alarido y salió disparado por la cubierta, justo cuando aparecía Aristóteles con sus pantalones demasiado grandes.

El guardaespaldas recuperó el equilibrio y se acercó a Aristóteles, medio encogido y en zigzag.

–Que sepas que te puedo detener por agresión a un sargento. Soy de Scotland Yard.

–Y yo puedo hacer que te maten –dijo Aristóteles–. No navegamos con bandera británica, ni tú eres Nelson en el Nilo. Si sales con vida de este barco será solo por tu relación con sir Winston, pero como vuelvas a acercarte a la señora te arranco el corazón. ¿Te queda claro?

–Sí, señor –dijo el sargento, cuadrándose–. Meridianamente, señor Onassis.

Se fue de la cubierta cojeando.

Aristóteles apretó sin decir nada la mano de Maria, que notó que al naviero le temblaba todo el cuerpo de rabia.

Las interminables veladas bajo el toldo se convirtieron pronto en un ritual. El día estaba presidido por sir Winston, pero una vez terminada la cena, y desocupada la sala de proyección, Aristóteles y Maria se reunían arriba, en la cubierta. Él nunca hablaba de amor. Enriquecía con detalles de su propia cosecha todas las historias que contaba Maria. Ella le habló de Buenos Aires, y de la estola de pieles que había tenido que comprarse porque el empresario del Teatro Colón la había engañado pagándole dinero en efectivo que no se podía sacar del país.

Él, por su parte, le contó que había ido a Buenos Aires en un barco de ganado, a los dieciséis años.

No habló de la masacre de griegos por los turcos en la ciudad anatolia de Esmirna, en 1922, ni de su padre, un rico comerciante de tabaco que, tras verse despojado por los turcos de su hogar y su fortuna, y condenado a muerte, había conseguido salvarse del pelotón de fusilamiento. A Maria no se le habría quedado grabada tanta historia. En cambio, le encantó que Aristóteles hubiera sido mozo de burdel en un «hotel» de alto copete situado justo enfrente del Colón. Los grandes señores de Buenos Aires salían del teatro en medio del primer acto para ir a ver a las cortesanas de enfrente, y volvían junto a sus hijos y esposas a tiempo para asistir al final de *Tosca*.

–Aprendí mucho siendo mozo de burdel.

–Ah –dijo Maria–, pues a partir de ahora te llamaré así, mi mozo de burdel favorito.

Aristóteles era un insomne que había aprendido por su propia cuenta a que le fueran bien las cosas sin dormir, y que de pronto tenía a alguien que le dulcificaba el insomnio.

De quienes más había aprendido en el hotel Ariane no era de las cortesanas, sino de los clientes: los corretores de bolsa le daban consejos, que él, después, aplicaba al invertir sus ingresos. Al año ya se había convertido en un gran estratega, y empezó a invertir los ahorros de las chicas bastante adineradas para no seguir acudiendo al Ariane. Podría haber asumido la gerencia del hotel, pero optó por comprar petroleros herrumbrosos en el puerto, que después remozaba. Antes de cumplir los veintiuno ya tenía flota propia.

Era un maestro de la narración, y a Maria le importaba muy poco cuánto hubiera de inventado en sus historias. Consumido por sus propios relatos, cada vez se quedaba más tiempo con Maria debajo del dosel, y hasta horas más altas de la noche: dos enamorados que aún no habían fijado sus límites, ni tenían que recurrir a la mecánica del sexo para descubrir lo volcados que estaban el uno en el otro cuando el viaje a Bizancio acababa de empezar.

Titta la había tenido enclaustrada mientras le llevaba los negocios, sin dar nunca pie con bola. Elsa Maxwell la había sacado de la barbarie para introducirla en una vorágine social que a Maria, la antigua amante de los libretos, no dejaba de tentarla más y más; de lo contrario no se habría embarcado en esa travesía, ni habría mirado *Lady Hamilton* con un sir Winston en pañales, ni se habría alojado en el antiguo camarote de Greta Garbo. Las paredes estaban repletas de fotos de la actriz, y había una boquilla de marfil con sus iniciales grabadas.

El cuarto día de navegación, Titta, víctima aún de los mareos, quiso que el *Christina* atracase en algún punto de Sicilia, para que Maria y él pudieran desembarcar y trasladarse a Zevio, donde el rey de Verona podría cuidar a su madre.

—Ve —le dijo Maria—, pero tendrás que ir solo.

Su marido cerró el puño como para pegarla, pero Maria no se inmutó. Titta acababa de causar su propia derrota con un solo gesto.

–Pero si se está muriendo –dijo con voz llorosa.

–Tu madre lleva al menos dos años muriéndose. Además, le caigo mal. Dice que me casé contigo por tu dinero.

Titta arqueó las cejas, profundamente absorto.

–No se lo tengas en cuenta, cariño. Nació en un mundo mucho más estrecho que el nuestro.

Maria ya no era su cariño. Tal vez no lo hubiera sido nunca. Titta era un empresario de ciudad pequeña al que le faltaba el talento necesario para negociar con tiburones como Ghiringhelli y Rudolf Bing. A Maria le preocupaban los ensayos, y lo astroso de su vestuario en el Met; él, por su parte, estaba obsesionado con unos honorarios en constante aumento que no se ingresaban en la cuenta de Maria, sino en la de él. Parecía que Maria cantase por calderilla.

Titta tenía saliva en la lengua.

–Estás enamorada del pirata ese, el narigudo. No soy ciego.

Maria no contestó.

Mientras Titta, aquejado de vértigo, rabiaba en el camarote, el *Christina* navegaba hacia Grecia. Aristóteles no se fijaba mucho en Titta. Quien le preocupaba, en cambio, era sir Winston. Le pidió al ingeniero jefe que regulara las vibraciones del yate para que no perturbase las siestas vespertinas de su más importante invitado.

Esa noche, sir Winston explicó que después de la guerra se había convertido en una reliquia, y que los votantes habían tardado muy poco en olvidar que eran sus alocuciones radiofónicas las que habían permitido a los londinenses superar los bombardeos alemanes. Pasó la comida en un silencio lleno de encono, pero unos sorbitos de armagnac lo revivieron bastante para leer algunos versos. Con la mirada puesta en lady Clementine y Maria, recitó unas palabras que debía de haber memorizado mucho tiempo atrás.

¡Amor mío, guardémonos
fidelidad! Porque este mundo, que parece
como país de sueños extenderse
ante nosotros, variado, bello y nuevo,
carece en realidad de dicha, amor y luz,
certeza, paz y alivio en la amargura;
y aquí estamos, como en lóbrega llanura...

En lo que a la poesía británica respectaba, Maria era una bárbara, pero aun así se le clavaron las palabras como un puño en llamas. También ella había vivido en una lóbrega llanura, volcada en la ópera que le hubiera asignado el teatro de turno sin importarle que en su camerino hubiera ratones, ni si tenía que salir corriendo al escenario con la peluca delante de los ojos. No conocía nada más.

Laura Sordelo había dicho que en su forma de cantar había «una sexualidad perversa», una «revelación» que ella no había visto en ninguna otra cantante. En un artículo titulado «Callas sin ropa» había escrito:

La diva se desviste para nosotros en cada actuación, y somos demasiado ciegos para darnos cuenta. Ninguna prima donna se ha entregado nunca tanto, pero a la Callas, que una y otra vez se lanza a los más altos registros, se la abuchea si llegamos a pillarla alguna vez desafinando.

Esa noche, bajo el dosel verde, Maria le habló por primera vez a Aristóteles de su carrera.

–Titta dice que no puedo retirarme, pero estoy harta de empresarios que dictan su ley y me dicen qué puedo o no cantar, y cuánto tiempo tendré que ensayar. Me quedaré aquí contigo. Iremos a Bizancio.

–Maria –le suplicó Aristóteles–, que Bizancio no existe. Es una ciudad turca.

–Da igual. Nos construiremos nuestra propia flota, como lord Nelson, y la reconquistaremos –dijo Maria, un poco fantasiosamente.

Aristóteles se estremeció al acordarse de los griegos que habían muerto en Esmirna.

El capitán del barco llegó con un radioteléfono.

–Disculpe la interrupción, señor, pero la persona que llama dice que es urgente.

Aristóteles cogió el teléfono y, tras excusarse, empezó a caminar por la cubierta, dando alguna que otra instrucción en voz baja. Luego le tiró el teléfono al capitán y, tras darle las gracias, volvió junto a Maria. Parecía pálido a la luz de la luna.

–¿Tienes algún problema, Aristo? –le preguntó Maria–. Le sacaré lo que pueda a Battista. Haré que venda la casa de Milán.

Aristóteles le puso una mano en la columna vertebral y la tocó como si acariciara una flauta. De pronto Maria tenía escalofríos.

–Dímelo, Aristo. ¿Cuánto has perdido?

–Da igual. Un conglomerado al que llevaba un tiempo persiguiendo se ha retirado de un acuerdo. Encontraré la manera de tragármelos.

Su camiseta de marinero le prestaba un aspecto andrajoso, perdido, solo, como un Odiseo varado en su propio yate.

Maria le dio un beso en la boca.

–Mi mozo de burdel.

Sabía a vino y sal.